

1

La lluvia cae sobre Mesina como una cortina de plomo que empapa hasta los huesos y convierte las calles en ríos de barro. Son las primeras horas después de medianoche cuando una figura encapuchada se desliza entre las sombras del puerto siciliano, moviéndose con la cautela de quien lleva secretos que pueden cambiar el destino de imperios.

El hombre avanza pegado a los muros, evitando los charcos que reflejan la luz mortecina de las antorchas. Su respiración forma pequeñas nubes de vapor en el aire frío mientras sus ojos escudriñan cada rincón, cada ventana, cada sombra que podría ocultar una amenaza. Bajo la capa empapada, su mano derecha descansa sobre la empuñadura de una daga, y en su pecho, cosido en el forro del jubón, late el pulso de Europa: un mensaje que ha viajado desde los bazares de Constantinopla hasta Sicilia.

Los guardias del palacio virreinal dormitan junto a sus alabardas cuando el desconocido emerge de la oscuridad como un fantasma materializado por la lluvia. Su voz, ronca por el frío y la urgencia, corta el silencio de la noche:

—Traigo avisos para don García de Toledo. Asuntos que no admiten demora.

El centinela más veterano, un sargento siciliano de bigote entrecano, entrecierra los ojos para estudiar al recién llegado. Habla con autoridad, pero su aspecto es el de un vulgar comerciante del puerto.

—Su excelencia el virrey descansa, y no creo que quiera que una alimaña como...

—Enseñadle esto a su excelencia y veréis como querrá recibirme inmediatamente.

El hombre extrae de su jubón un anillo de sello que refleja la luz de las antorchas con destellos dorados. El sargento reconoce las armas grabadas y su rostro se tensa. Es el anillo de la red secreta de agentes que opera entre Nápoles y Levante, hombres de los que solo se habla en susurros y cuyos nombres nunca se escriben en los despachos oficiales.

—Seguidme —murmura el sargento, y guía al desconocido por pasillos de piedra donde sus pasos resuenan como tambores de guerra lejanos.

Don García de Toledo se incorpora en su lecho cuando su secretario aparece en el umbral con una vela en la mano, proyectando sombras danzantes sobre las paredes de la alcoba. El virrey de Sicilia es un hombre de cincuenta años curtido por décadas de guerra contra el Turco y sus instintos militares le despiertan en cuanto percibe la urgencia en el rostro de su subordinado.

—Excelencia, ha llegado un correo. Dice que viene de la red del genovés.

García de Toledo no necesita más explicaciones. Giovanni Renzo y sus agentes llevan años siendo los ojos y oídos de España en territorio otomano, y cuando uno de sus mensajeros aparece en plena noche bajo la lluvia, las noticias nunca son buenas. Se incorpora, se echa un manto sobre los hombros y camina descalzo hasta su despacho, donde el fuego de la chimenea arroja lenguas de luz dorada sobre mapas del Mediterráneo.

El mensajero espera de pie junto a la ventana, con el agua goteando de su capa sobre las baldosas. Cuando don García entra, el hombre se inclina en una reverencia breve y extrae un pergamino sellado de su jubón. El lacre está intacto, pero don García sabe que eso no significa nada. Los agentes de Renzo son maestros en el arte de abrir correspondencia sin dejar rastro.

—¿De dónde venís? —pregunta don García mientras recibe el mensaje.

—De Constantinopla, excelencia. Sin otras escalas más que las obligatorias.

—Bien. Podéis marcharos.

El hombre se inclina de nuevo y desaparece en la noche como si nunca hubiera existido, dejando tras de sí apenas el olor a humedad y secretos.

Don García examina el pergamino a la luz de las velas. A primera vista, no es más que una carta comercial de un mercader genovés a su corresponsal en Sicilia, llena de referencias a precios de especias y rutas comerciales.

El virrey acerca el pergamino a la luz de las velas, buscando marcas invisibles entre las líneas. Luego lo lleva a la chimenea y deja que el calor del fuego acaricie la superficie del papel.

Poco a poco, como fantasmas que emergen del más allá, comienzan a aparecer palabras escritas con tinta invisible entre las líneas del texto comercial.

«La mañana del 29 de marzo el almirante de la flota y Mustafá, el comandante supremo de la expedición, han ido a besar la mano del sultán y a recibir sus órdenes».

García siente como se le acelera el pulso mientras lee los números que van materializándose ante sus ojos: galeras, soldados, cañones, provisiones. Es la flota más poderosa que el Turco ha armado nunca.

Pero es la última línea la que le hiela la sangre en las venas.

«No se conoce todavía el destino de la flota, pero se dice que irá a asediar Malta».

—Malta... —repite con inquietud—. Que Dios nos asista.

Don García deja caer el pergamino sobre su escritorio y camina hasta la ventana. Fuera, la lluvia sigue golpeando los cristales como dedos impacientes que llaman a la puerta del destino.

—¡Secretario! —Llama—. ¡Preparad despachos urgentes para Madrid y Malta!

En algún lugar del Mediterráneo, la flota más grande de la historia navega hacia una pequeña isla que cambiará el destino de Europa.

2

Malta, dos meses después

Las rocas de Malta observan en silencio. Ni un trino de ave. Ni un ladrido de perro. Hasta el viento parece contener la respiración. Sólo se escucha el canturreo constante de una cigarra al sol.

Hasan siente el peligro en la piel como una picadura invisible: cada sombra puede ocultar una ballesta; cada muro, un arcabuz con la mecha lista para escupir fuego. Veinte jenízaros le siguen en fila india, pisando donde él pisa con los músculos rígidos y los ojos recorriendo las colinas quemadas por el sol. Nadie habla.

Son la primera avanzadilla del ejército otomano. Los que deben asegurar que el punto que han elegido es seguro. Han desembarcado en la isla esa mañana. Desde los barcos han visto caballeros de Malta a caballo siguiéndoles. Tienen que estar cerca. Los cristianos están aquí, en algún lugar, esperando como arañas en su tela.

—¿Ves algo, hermano? —susurra Kasim a su espalda.

Hasan niega con la cabeza sin apartar la vista del terreno quebrado que se extiende ante ellos. Rocas calcáreas blanqueadas por el sol, muros de piedra que dividen campos abandonados, edificaciones dispersas que pueden albergar docenas de arcabuceros. Malta es un laberinto perfecto para escaramucear y ellos son apenas una patrulla en medio de territorio enemigo.

Detrás de ellos, a una legua de distancia, las galeras otomanas aguardan la señal para comenzar el desembarco. Treinta mil hombres esperan su informe.

El viento trae olores extraños. Hierba seca entre las piedras, romero silvestre, el aroma resinoso del Mediterráneo. Pero también algo más sutil que hace que Hasan entrecierre los ojos: el inconfundible olor acre de cuerdas de arcabuz prendidas.

Alza la mano y la patrulla se detiene al instante.

Estudia el terreno con ojos de soldado profesional. A trescientos pasos hay una edificación de piedra rodeada por un muro bajo, una de esas construcciones rurales que los malteses llaman *girna*. ¿Podría ocultarse ahí el enemigo?

Está decidiendo si acercarse cuando lo ve.

Un jinete cristiano avanza al descubierto hacia la *girna* como si estuviera en una cabalgada dominical. La sobrevesta roja y la cruz blanca de ocho puntas no dejan lugar a dudas: caballero de Malta. El necio galopa directamente hacia la edificación, confirmando que las sospechas de Hasan eran ciertas.

El jenízaro sonríe sin ganas. Algunos hombres nacen para morir por sus errores.

Con un gesto silencioso, sus hombres se despliegan en abanico. Cada movimiento está pensado, las posiciones calculadas. Las mechas de arcabuz chisporrotean en silencio mientras se preparan para la matanza.

Otro caballero emerge de la *girna* dando voces airadas al recién llegado. Hasan aguza el oído pero no logra distinguir las palabras. Pero no lo necesita. Si él fuera el oficial al mando de la emboscada ya le habría cortado la cabeza al jinete que ha descubierto la posición.

Alza la mano y sus hombres se tensan como ballestas a punto de disparar.

La orden de ataque muere en sus labios cuando ve brotar hombres del interior de la *girna* como si hubieran pateado un avispero. Son una decena de sanjuanistas. Cristianos armados hasta los dientes que aguardaban emboscados.

La ironía le arranca una sonrisa feroz. Los cazadores están a punto de convertirse en presas.

—¡A ellos! —grita mientras se lanza colina abajo seguido por sus jenízaros.

El primer disparo de arcabuz truena como un rayo e impacta en el pecho del caballero que ha delatado la posición. Se desploma del caballo produciendo un ruido metálico y sordo al golpear contra las piedras.

Más disparos caen como lluvia mortal; las balas hacen saltar esquirlas que silban como avispas furiosas.

Los musulmanes se abalanzan sobre ellos, una marea violenta de acero curvado y gritos de guerra. Cuchilladas, estocadas, reveses y mandobles vuelan sin descanso, más densos que la sangre y numerosos que el granizo.

Hasan salta por encima de un muro bajo. Se encuentra cara a cara con un caballero de barba gris que blande la espada. Luce una portentosa armadura en la que refleja el sol como un espejo. El cristiano es rápido, pero menos que Hasan. El jenízaro esquiva la estocada por centímetros y responde con un tajo de su yatagán dirigido a la pierna desprotegida de su adversario. La hoja encuentra carne y desgarrar tendones y ligamentos hasta el hueso. El caballero cae rodilla en tierra, y Hasan aprovecha la posición de ventaja. Cercena el cuello de su oponente con un tajo limpio. El caballero cae de espaldas sobre el suelo y su sangre brota sin control, empapando su sobrevesta roja y blanca.

—¡Retirada! ¡A Medina! —grita uno de los cristianos con acento francés.

Pero ya es tarde para huidas ordenadas.

Kasim abre fuego contra el caballero francés que ha dado la orden de retirada. El disparo mata a su caballo y jinete y montura se desploman en una maraña de extremidades y metal. El caballero trata de ponerse en pie, pero la pierna izquierda no le responde. Cojea dejando un reguero de sangre sobre la tierra, mientras sus compañeros huyen hacia la ciudad fortificada que se alza en la distancia.

Uno de sus hombres se detiene e intenta ayudarlo, pero los jenízaros están demasiado cerca.

—Huye, muchacho —dice el caballero herido con voz firme—. No puedes cargar conmigo.

El joven soldado obedece a regañadientes. El francés se deja caer sobre el suelo polvoriento mientras el círculo de jenízaros se cierra a su alrededor como una corona de lanzas.

Entrega la espada con gesto ceremonioso. No hay súplicas en sus ojos, ni miedo. Solo la resignación del soldado que sabe cuándo la partida ha terminado.

Hasan se acerca despacio. La sangre fluye por el filo de su espada hasta llegarle al codo. Tiene gotas de salpicaduras por el rostro. Observa al prisionero con respeto profesional. Es un hombre de guerra, se nota en cada gesto, en la forma en que estudia a sus captores calculando posibilidades de huida que ya no existen.

—¿Cómo te llamas, cristiano? —pregunta en un francés chapurreado.

—Adrien de la Rivière, caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén.

—Yo soy Hasan, jenízaro del sultán. Has luchado bien.

El francés asiente sin bajar la mirada.

—¿Qué hacías aquí? —continúa Hasan—. ¿Intentabais hacer algún prisionero?

La Rivière guarda silencio, pero sus ojos lo delatan. Los prisioneros serán la principal fuente de información militar en este conflicto.

Hasan estudia de nuevo el terreno. La *girna* era un lugar perfecto para aguardar emboscados: controla el paso natural hacia el interior de la isla. Los cristianos sabían que los exploradores turcos acabarían pasando por aquí y habían preparado una recepción mortal. Si no hubiera sido por el error del caballero que cabalgó al descubierto...

—Lleváoslo —ordena a sus hombres—. El general, Mustafá Pachá, querrá hablar con él.

El caballero sanjuanista sabe lo que le espera: primero la tortura para arrancarle información sobre las defensas de Malta, después la muerte. Pero quizá el francés aún pueda prestar un servicio a su fe manteniendo la lengua firme y el corazón sereno.

Mientras sus jenízaros atan al prisionero, Hasan contempla el paisaje de Malta que se extiende ante él. Una isla árida y rocosa, con poca vegetación y agua y sin campos de cultivo. Sobrevivir aquí será uno de los mayores retos a los que se enfrentarán las huestes del sultán.

Pero eso es un problema para mañana. Hoy han capturado a un oficial enemigo y han desbaratado una emboscada cristiana. Es suficiente para el primer día en suelo maltés.

La gran batalla entre la Cruz y el Corán acaba de comenzar.

El despacho del virrey huele a pergamino y tinta fresca. Don García Álvarez de Toledo observa el mapa de Malta extendido sobre su escritorio mientras la gota le martillea la rodilla derecha con cada paso que da.

En su frente se marca la huella de innumerables años; sus cabellos grises cuentan el pasado y sus ojos, aún más grises, insinúan lo que está por venir.

—Escribid —dice con tono grave mientras camina hacia su secretario—. «Si Malta no se socorre, según lo que aquí se pide, la tengo por perdida».

Su secretario moja la pluma en el tintero. El susurro de la escritura sobre el papel marca el ritmo de las decisiones que pueden salvar o condenar a miles de personas.

Don García se detiene junto a la ventana, desde donde se escucha a las gaviotas graznar sobre el puerto de Mesina.

—«Malta no permite regatear en medios. No podemos esperar que se resuelva sin aventurar nada».

La pluma vuela sobre el papel mientras don García busca las palabras que convenzan a Felipe II de la urgencia del mo-

mento. Está convencido de la necesidad de socorrer la isla. Y sabe que si no lo hace España, ninguna otra potencia cristiana lo hará.

—Añadid que los españoles son el principal nervio de este negocio —continúa mientras se sirve una copa de vino—. Porque quien crea que se puede hacer frente al Turco sin los Tercios Viejos se engaña como un necio.

Ahora viene lo más delicado. Don García conoce la reluctancia del rey a arriesgar la flota después del desastre de Djerba de hace cinco años. En aquella batalla, se perdieron treinta galeras en aguas tunecinas. Y a España le ha costado sudor y muchos ducados el reponerlas. No puede permitirse otra pérdida así. Simplemente, no hay dinero en el tesoro.

—Y si Su Majestad teme aventurar la flota, deme al menos los hombres que pido y procuraré con ellos el seguro remedio, desembarcando en Malta y rompiendo el asedio por tierra. Pero para eso necesito gente escogida. De la buena.

El secretario termina de escribir las últimas líneas con mano que tiembla por las prisas del dictado. Don García relee el mensaje y lo rubrica con un trazo firme que contradice el temblor de sus dedos artríticos:

«Ensalce Nuestro Señor la persona real de V. M. como la Cristiandad desea.

De Mesina a 31 de mayo de 1565.

Don García de Toledo».

—Remítidla al instante. Esta carta no puede dormir en puerto.

El secretario recoge los pliegos y sale en busca del barco más rápido. Don García queda solo con sus mapas y la certeza de que Malta puede estar perdida antes de que llegue la respuesta real.

La copa de vino permanece intacta en su mano. Por la ventana ve alejarse la nave que lleva su mensaje.

Si su mensaje no convence al Rey, Malta puede convertirse en la tumba de una orden militar que lleva cuatro siglos defendiendo la Cristiandad.

Semanas después, en el corazón silencioso de Castilla, el destino de Malta se decide en una sala sobria del Alcázar de Madrid. La carta de don García descansa abierta sobre el escritorio real; sus líneas están manchadas por la tinta del dictado urgente y la prisa del mensajero que la ha traído desde Mesina.

Felipe II estudia el mapa de Europa extendido ante él como si fuera un tablero de ajedrez, donde cada pieza representa miles de vidas. Malta parece un simple peón en comparación con el resto de sus preocupaciones. Pero es el peón que domina el centro del tablero. Un peón estratégico.

Sus consejeros, el príncipe de Éboli y el Duque de Alba, aguardan en silencio, conocedores del peso que el monarca carga sobre sus hombros.

Al fin Felipe II habla:

—Ruy Gómez, príncipe de Éboli, ha preparado un informe sobre la situación del Turco. Escuchémosle.

El portugués hace una ligera inclinación de cabeza y toma la palabra:

—Como ya sabe Vuestra Majestad —dice el príncipe de Éboli— hace unos meses, Bayaceto, el hijo favorito del sultán Solimán, se sublevó contra su padre y su hermano Selim y se refugió en la corte del Shah de Persia. Aunque el Shah lo recibió al principio con honores reales y le aseguró que estaría a salvo, finalmente lo apresó y lo devolvió al sultán. Los turcos lo ejecutaron, según su usanza, estrangulándolo.

El duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, lanza una mirada suspicaz al príncipe de Éboli. El viejo soldado desconfía del portugués como desconfía de todos los políticos que intrigan mucho y combaten poco.

Alba tamborilea con los dedos sobre la mesa, impaciente por llegar al verdadero asunto de la reunión, pero de momento calla.

—¿Qué fuente confirma esta información? —interroga Felipe II.

—Donnini, el secretario del bailo veneciano. Hombre de confianza y bien situado en la corte otomana.

—Bien. Proseguid.

—Es por tanto seguro, que pronto el príncipe Selim, el último hijo sobreviviente de Roxelana Khanum, será sultán. Y no parece que el sultán confíe en que su hijo Selim vaya a tener el empuje y determinación que él mismo y sus predecesores en el trono. Es por ello que creemos que esa es una de las razones por las que Solimán ha ordenado atacar Malta. No se fía de que su hijo esté a la altura de la empresa.

El Duque de Alba enarca una ceja en uve sorprendido por el giro con el que Éboli ha redirigido el tema dinástico de los turcos a la cuestión de Malta.

El rey permanece inmóvil mientras sus dedos juegan con una sortija de oro. El silencio se alarga como una cuerda tensa.

—Además —continúa el príncipe—, parece que la empresa cuenta con el respaldo de algunas de las personas más cercanas al sultán: el general de los jenízaros; Roxelana, la sultana; Mihrimah, su hija predilecta; el Mufti, su líder religioso, y el gobernador de Egipto entre otros. Todos ellos han sufrido graves perjuicios económicos por la actividad de corso de los caballeros sanjuanistas.

—Bien, bien... —dice Alba—. ¿Pero podemos discutir ya la cuestión del socorro?

Felipe II asiente con una sonrisa apenas visible que podría significar cualquier cosa. Alba se incorpora en su silla, el torso rígido como una lanza.

—El ataque a Malta —dice el duque— busca el dominio absoluto del Mediterráneo. Si cae, Sicilia será el siguiente ob-

jetivo; después Nápoles, quién sabe si Roma misma. Estamos obligados a intervenir por estrategia y por honor.

Éboli sonríe con el desdén del cortesano que nunca ha oído la pólvora quemada.

—España —replica Éboli— no puede intervenir en todas las guerras que afecten a la Cristiandad. ¿Por qué siempre nosotros? Que se encarguen los venecianos o los franceses.

Los músculos del cuello de Alba se tensan como cuerdas de ballesta. Ha visto morir demasiados hombres por la indecisión de los políticos.

—¿Francia? ¿Venecia? —Alba no oculta su desprecio—. Solimán ha otorgado concesiones comerciales a Francia para garantizar su neutralidad, y Venecia lleva meses pasando información a los turcos sobre nuestros movimientos navales. ¿Son estas las naciones que van a defender la Cristiandad?

Éboli mantiene su sonrisa complaciente pero guarda silencio. El aire de la sala se espesa mientras ambos hombres se miden con la mirada.

—Además —continúa Alba—, si Malta cae, tendremos que triplicar los esfuerzos defensivos en Sicilia. O la perderemos en dos años.

—¿Y si enviamos la flota y es derrotada? —Éboli se inclina hacia adelante como serpiente que busca el momento de atacar—. Nuestra flota vale más que veinte Maltas juntas.

El recuerdo del desastre naval de Djerba sobrevuela la sala como un fantasma que nadie se atreve a nombrar. Alba aprieta las mandíbulas hasta que el rubor le colorea el rostro.

Felipe II se levanta. El silencio que sigue es tan absoluto que se oye el crepitar de las velas en los candeleros. Camina hacia la ventana. La sierra madrileña se extiende pacífica bajo la luz dorada del atardecer, ajena a las decisiones que se toman en esta sala. Los hombros reales se encorvan bajo el peso invisible de un Imperio donde nunca se pone el sol,

donde cada decisión puede salvar o condenar a miles de súbditos que confían en la sabiduría de su rey.

Los minutos pasan, arrastrándose, mientras Alba y Éboli intercambian miradas nerviosas, adversarios unidos por la incertidumbre. Ambos conocen el peso de las palabras reales cuando por fin se decide a pronunciarlas.

Al fin, Felipe II se gira. La Historia aguarda su respuesta como Malta aguarda el socorro. Y cuando habla, sus palabras sellan el destino de todos los que combaten y mueren en las murallas de Malta.

3

Los dedos de Pialí Pachá tamborilean sobre la mesa mientras estudia el mapa extendido ante él. Fortalezas cristianas dibujadas en tinta negra sobre pergamino amarillento, cada trazo marcado es un obstáculo entre su flota y la supervivencia. La lámpara de aceite oscila con la brisa nocturna, proyectando sombras que bailan sobre la representación de la fortaleza de San Telmo.

Esa fortaleza en la punta de la península sigue siendo una espina clavada en sus planes. Mientras permanezca en manos enemigas, su flota está en peligro. Y sin flota, treinta mil hombres quedarán atrapados en esta isla sin manera de volver a casa.

Afuera, el campamento de Marsa murmura con las voces de un ejército imperial, pero Pialí apenas las oye. Su mente se concentra en las decisiones que van a decidir el destino de la guerra.

De improviso el faldón de la tienda se aparta con brusquedad, dejando entrar el viento nocturno que hace parpadear la llama. Mustafá Pachá entra seguido de su estado mayor: el agá de los jenízaros, varios *beylerbeyes* y el resto de comandantes que lucen sedas, brocados y joyas que contrastan con la austeridad general del campamento. Sus pasos retumban sobre las alfombras persas mientras se acercan al mapa.

El veterano general se detiene frente a la mesa, las manos cruzadas a la espalda en un gesto que conocen bien sus subordinados.

—Habéis llegado temprano a la reunión, almirante —dice

con el punto de sorna que siempre emplea con él—. Os noto impaciente.

Pialí se incorpora y señala con el índice la ubicación de la flota en el mapa, sin molestarse en ocultar su urgencia.

—Impaciente por asegurar nuestra flota antes de que el viento o los cristianos nos hagan pagar nuestra lentitud.

Mustafá observa el mapa mientras se acaricia la barba entrecana. Sus ojos se detienen en el Burgo, la principal fortaleza de los Hospitalarios, y golpea la posición con los nudillos. El sonido resuena seco como hueso contra madera.

—San Telmo caerá tarde o temprano, pero no es fundamental —responde con la paciencia condescendiente del veterano—. La verdadera victoria está aquí, en el Burgo. Este es el corazón de la isla. Si lo tomamos, Malta será nuestra sin dilación.

Pialí niega con la cabeza. Ya han tenido esta discusión otras veces. Parecía que ya había conseguido convencer a Mustafá, pero se ve que no. Eso o que Mustafá disfruta contradiciéndole. Entre ellos dos hay algo más que diferencias estratégicas: hay una lucha política donde los laureles de Malta valen el favor del sultán. En Estambul, Solimán le dio el mando del ejército a Mustafá, veterano de Persia y Hungría, y a él la flota, diciéndoles: *«Tú, Mustafá, tratarás a Pialí como a tu hijo. Y tú, Pialí, honrarás a Mustafá como a tu padre»*. Cada uno ha interpretado las palabras a su conveniencia.

—No podemos dejar la flota fuera de puerto durante meses. ¿Qué pasará si el asedio se alarga más de lo previsto? —dice Pialí con gesto tenso—. El Burgo es una fortaleza muy poderosa, construida por los mejores ingenieros de Europa. Si el invierno nos sorprende aquí, sin un puerto seguro, perderemos la flota. Y entonces no habrá manera de llevar al ejército de vuelta a casa.

Mustafá tuerce el bigote en un gesto de desprecio que ha perfeccionado durante décadas de mando.

—Sois un pájaro de mal agüero, Pialí. Nuestras fuerzas

superan al enemigo infiel siete a uno. ¿De verdad pensáis que esos pocos caballeros pueden resistir hasta el invierno?

Su risa suena áspera, falsa como el oro de los alquimistas.

Pialí aprieta las mandíbulas hasta que le duelen, pero su voz mantiene la calma.

—Lala —dice empleando el pseudónimo cariñoso cuyo uso le otorgó el sultán—, tú conoces a estos enemigos. Este va a ser un asedio largo. Los caballeros resistirán hasta el último hombre pues esta isla es su última posesión. No será como en Rodas, donde podían retirarse con honor.

El almirante se inclina sobre el mapa, acercándose lo suficiente para que Mustafá note la determinación en sus ojos.

—San Telmo es pequeña, caerá en cuatro o cinco días si la atacamos con decisión. Además, al perderla, el enemigo abandonará toda esperanza de rescate desde Sicilia.

Pialí hace una pausa y, cuando vuelve a hablar, su voz se endurece para dejar claro que lo siguiente no es una súplica, sino una advertencia:

—Ni mis barcos ni mis hombres participarán en el asedio hasta que tengamos un puerto seguro.

El silencio que sigue se alarga como una cuerda tensa a punto de romperse. Mustafá finge reconsiderar la propuesta. En el fondo está de acuerdo con atacar San Telmo, pues era el plan inicial acordado en Constantinopla. Pero necesita que parezca decisión suya y, de paso, recordar a ese almirante advenedizo cuál es su lugar en la jerarquía.

—Está bien —dice finalmente—. Pero antes reconoceré las defensas cristianas. Hay que tomar el pulso a esta isla antes de comprometer nuestra estrategia.

Hace un gesto a los soldados que guardan la entrada de la tienda.

—Traed al prisionero.

Dos soldados entran arrastrando al caballero francés Adrien de la Rivière. El sonido de sus cadenas precede a su entrada. Su aspecto es deplorable: desnudo de cintura para

arriba, su cuerpo se ha convertido en un mapa del dolor marcado por cortes y hematomas que cuentan la historia de horas de interrogatorio.

—Escucha bien, infiel —dice Mustafá sin dignarse a mirarlo—. Señala en el mapa los sectores más débiles del Burgo. Si lo que dices nos satisface, se acabarán las torturas y tendrás libertad para volver con los tuyos.

La Rivière apenas puede mantenerse en pie. Cada respiración es una mueca de dolor, la boca le sabe a sangre. Con dedo tembloroso señala dos posiciones en el mapa: son los bastiones de Auvernia y Castilla de la fortaleza del Burgo.

Cierra los ojos, desfallecido.

—*Mon Dieu, pardonne ma faiblesse* —susurra como plegaria desesperada.

Mustafá sonríe satisfecho.

—¿Ya veis, Pialí, como vuestra sugerencia era precipitada? Si tomamos el Burgo por sus puntos débiles, no necesitaremos ese puerto que tanto ansiáis.

—¿Y si miente?

El gesto de Mustafá se crispa mientras lanza una mirada de asco al francés.

—Si miente, será lo último que este perro infiel haga en su vida. *In shā' Allāh*.

El alba asoma con timidez vacilante, como si el sol quisiera demorar las promesas de sangre. El ejército otomano despliega sus fuerzas frente al Burgo en una formación de media luna que deja clara la naturaleza sagrada de su lucha.

Desde las murallas cristianas, el espectáculo resulta hermoso y espeluznante a la vez: ropajes orientales que ondean al viento, armas que brillan bajo el sol naciente, estandartes con versículos del Corán flotan como oraciones de la *yihad*.

Suenan chirimías y atabales en una sinfonía que hace temblar la tierra. Los caballeros despliegan sus banderas de San

Juan, rojas y blancas como la sangre y la pureza, decididos a no dejarse amedrentar por el espectáculo.

Setecientos arcabuceros cristianos salen de las murallas, entre ellos la compañía del alférez español Medrano, veterano de las guerras de Italia.

—¡Adelante, en formación! —grita mientras se ajusta el morrión bajo el sol que ya calienta—. ¡En línea de fuego, sin alejarse de las murallas!

Setecientos pares de botas avanzan al unísono sobre la tierra pedregosa de Malta. Los turcos se dirigen hacia ellos levantando una nube de polvo que anuncia la batalla. Se detienen al alcance de las armas, y durante un instante eterno, el silencio precede a la tormenta.

Los primeros disparos rompen la mañana. Humo acre de pólvora, sangre que salpica la tierra árida. Los arcabuces turcos son más largos y precisos, pero los cristianos son más manejables y recargan más rápido. La descarga cristiana responde al instante y los cuerpos comienzan a caer como trigo segado por la guadaña.

—¡Espahíes, al ataque! —grita Mustafá alzando el bastón de mando.

Los espahíes se lanzan al asalto con gritos que invocan a Alá, cubriendo la explanada como una avalancha humana. Pero la artillería de las murallas los recibe con hierro y metralla.

Los cañones escupen muerte mientras los gritos desgarradores se mezclan con el humo. Cuerpos que caen sobre cuerpos. Hombres para los que el gran asedio de Malta ha terminado antes de empezar.

Los puestos de Castilla y Auvernia escupen fuego y destrucción con una intensidad que desmiente las palabras de La Rivière. Aquellas posiciones que según el prisionero francés estaban mal defendidas, parecen más artilladas que las murallas de Constantinopla.

El caballero ha mentido y pronto pagará caro su engaño.

Cuando los espahíes parecen recuperar el aliento para un nuevo asalto, les cae encima la carga de la caballería hospitalaria como un martillo del cielo.

—*¡Deus vult!*—gritan algunos al estilo de las viejas cruzadas que sus antepasados combatieron en Tierra Santa.

El choque es brutal: hierro contra hierro, fe contra fe, hombres que mueren gritando el nombre de un Dios al que realmente desconocen.

Mustafá observa desde su posición en la colina mientras su rostro se ensombrece como el cielo antes de la tormenta. La realidad se impone sobre los planes dibujados en los mapas. Da la orden de retirada con un gesto que le cuesta más que mil batallas ganadas. No por la vida de los hombres que acaban de morir, sino por tener que dar la razón a su rival político. Se confirma que el Burgo es harina de otro costal y que tomarlo llevará meses.

Al menos, sus ingenieros han tomado buena nota de la artillería cristiana del Burgo.

Los cristianos regresan tras sus murallas exultantes, como si hubieran expulsado a los turcos para siempre. Algunos traen cabezas cortadas colgando de las monturas; otros, dedos con anillos arrancados a los muertos, y hasta una bandera arrebatada al enemigo que ondea como un símbolo de la pequeña victoria.

En el cuerpo de un sipahi turco han hallado un brazalete con una inscripción grabada: *«Yo no vengo a Malta para ganar oro, ni honor, sino para salvar mi alma»*.

Mustafá observa el regreso de su ejército: heridos en camillas improvisadas, gemidos que se mezclan con el polvo del camino. La dura lección de que las batallas no se ganan frente a un mapa con banderas.

Sin dignarse a mirar a Pialí, que permanece silencioso pero atento, dice con voz que oculta mal su contrariedad:

—Muy bien, almirante. Os concedo lo que pedisteis desde el principio.

Un leve aleteo de sus dedos ensortijados señala hacia San Telmo.

—Esa fortaleza será ahora nuestra prioridad. Su conquista garantizará la seguridad de la flota que tanto deseáis proteger.

Pialí resopla. Ese «os concedo» le sienta como una patada en el estómago, pero ha logrado su propósito. Pronto atacarán San Telmo y tendrá un puerto seguro para los barcos del sultán.

Malta puede ganarse o perderse según decida Alá, pero si pierde la flota imperial, será su cabeza la que acabe clavada en una pica frente al palacio de *Topkapi*.

Y eso no va a suceder.